
CAPÍTULO III

Jerusalén

Encontrábase un viajero ilustre en mitad de una pétrea y estéril llanura, á cuyo extremo permanecían sus compañeros inmóviles y callados, su cabeza descubierta; en un monte notó algunos edificios blancos sobremanera; era el de los olivos; y algo más allá, murallas almenadas, torres, cúpulas: era Jerusalén, el teatro de la tragedia más sublime y de mayor interés para los destinos de la humanidad que han presenciado los siglos, han admirado los pueblos y han meditado las generaciones; á sus ojos se alzaba la ciudad cuyo nombre ha despertado en todos los pechos cristianos, desde los albores de la inteligencia, ardientes deseos de fe, de amor y de compasión; á la vista de esa ciudad, en que están esculpidos con caracteres indelebles la omnipotencia, la justicia y la misericordia de Dios, mil voces secretas que hablan al corazón del hombre, las lágrimas bañaban sus mejillas, exclamó como San Bernardo:

«Yo te saludo, santa ciudad, tabernáculo que el Altísimo santificó para salvar en tí y por tí al linaje humano. Yo te saludo, ciudad del gran rey, donde casi sin interrupción desde el principio del mundo se han obrado milagros sobre milagros. Yo te saludo señora de las naciones, reina de las provincias, posesión de los patriarcas, madre de los profetas, maestra de la fe, gloria del pueblo cristiano. Tú te has visto constantemente combatida, con permiso de Dios para proporcionar á tus preclaros defensores la ocasión de ejercitar tu bravura y merecer la salvación. Salve, tierra prometida que en otro tiempo manabas arroyos de leche y miel para tus moradores, y ahora suministras al universo entero el remedio de su salvación, el pan de vida, tierra buena, excelente, que recibiendo en tu fecundo seno la celestial semilla que en tí depositó el corazón de Dios, has producido ópima cosecha de mártires lle-

gando á centuplicarlos por todo el haz de la tierra. Así, los que te han visto llenos de delicia é inundados de tus dulzuras proclaman la magnificencia de tu gloria en presencia de los que no han gozado esta ventura y les refieren tus maravillas. Cosas gloriosas se han dicho de tí, ciudad de Dios ».

Siglo tras siglo los peregrinos han caído de hinojos ante aquel panorama de áridas montañas y de blanquizas peñas, ante aquel espectáculo de tonos por lo general grises, de completa ausencia de vegetación, de absoluto reposo, de naturaleza muerta. Pero en el aspecto de aquella ciudad silenciosa hay algo que penetra al corazón; el recuerdo de los sucesos humanos allí acontecidos llena el entendimiento de grandiosas imágenes: á la vista del Santo Sepulcro y de la montaña de la Ascensión, á la idea de que allí, allí mismo, Jucristo murió en la cruz y resucitó luego para subir al cielo, siéntase el alma como transportada fuera de este mundo. Entonces como nunca puede exclamarse con el profeta Rey:

« Me he alegrado en esto que se me ha dicho: á la casa del Señor iremos.

» Nuestros pies estaban en tus atrios, Jerusalén.

» Jerusalén, que se edifica como una ciudad, cuya sociedad está en unión.

» Pues allá subieron las tribus, las tribus del Señor, por precepto á Israel para alabar el nombre del Señor.

» Porque allí se colocaron las sillas de justicia, sillas en la casa de David.

» Pedid las cosas que son para la paz de Jerusalén; y la abundancia para los que te aman.

» Haya paz en tu fortaleza y abundancia en tus torres.

» A causa de mis hermanos y de mis vecinos, yo rogaba paz para tí.

» Por la causa del Señor Dios nuestro, he demandado bienes para tí ».

Bajo la alegoría de los que iban á visitar el templo del Señor en Jerusalén en las tres fiestas solemnes del año, y publicaban las excelencias de aquella ciudad Santa, se representan las alabanzas de la Iglesia de Jucristo y de la celestial Jerusalén. Por esto, David, lleno de confianza, había exclamado antes: « Alcé mis ojos hasta los montes de Jerusalén, de donde me ha de venir el socorro ».

Para santificar estos sentimientos de fe ha concedido la Iglesia indulgencia plenaria á los que, arrodillados, entonen el transcrito salmo CXXI á la vista de Jerusalén.

Todos los viajeros y todos los escritores, exceptuando sólo á Lamar-

tine, cuya imaginación es tan poética y cuyo corazón tan indulgente que siempre el hombre y la naturaleza se le presentan bajo el más hermoso aspecto, están acordes en llamar á Jerusalén lugar de desolación.

Al hablar Michaud de la primavera en Jerusalén, dice: « En esta ciudad, como en nuestra primavera de Europa, no se ven bosques floridos, prados y riachuelos que murmuran en medio de la verde hierba, no se oye á los ruiseñores entonar el armonioso himno de la aurora del año: sólo algunas tórtolas suspiran sobre las palmeras de la casa de Caifás y sobre los altos árboles á la puerta de Sión... La primavera de Jerusalén no tiene nada de alegre ».

Escribe el duque de Ragusa: « Al acercarse á Jerusalén diríase que se entra en el dominio de la muerte. La esterilidad se ve por todos lados y el cultivo en ninguno.

» El espectáculo de miseria y desolación que tengo á la vista adviérteme de que me encuentro en la tierra de condenación donde fué cometido el gran crimen, sobre el cual pesa hace dieciocho siglos la divina justicia, en la tierra prometida y otorgada al pueblo de Dios, convertida de fecunda y rica en lugar de maldición.

» Todas las miserias humanas parecen haberse reunido en aquellas áridas campiñas, y dominado el viajero por sombría tristeza, no acierta á salir de la meditación que le absorbe. Cree ver aún la diestra de Dios cayendo sobre la infortunada ciudad y reduciéndola á vivir en eterna agonía, y hasta llega á imaginarse estar asociado á su funesta suerte por no encontrar en el aire que respira elementos vitales. ¡Oh! vayan á la Tierra Santa, lleguen á Jerusalén, aun abrigando una fe vacilante, todos aquellos que suspiran por emociones vigorosas y nuevas; por poco que tengan la imaginación despierta y el corazón recto y sincero, su deseo ha de quedar cumplido ».

Veamos ahora como el tierno Lamartine nos describe en octubre la Ciudad Santa:

« A la izquierda de nuestro horizonte, viniendo del desierto de San Juan Bautista, á una legua de distancia, brillaba el sol sobre una torre cuadrada, un alto minarete y las amarillas paredes de algunos edificios que coronan la cumbre de una pequeña colina. Detrás asomaba una ciudad formando declive á lo largo de ambos lados de la colina; por precisión debía ser Jerusalén. Nos creíamos más distantes de la ciudad, y todos nosotros, sin atrevernos á preguntar nada al guía temiendo ver destruída nuestra ilusión, gozábamos en silencio de esta vista cuando todo al rededor nos estaba hablando de Jerusalén. Efectivamente, era